

igual que sus jardines se adornaban con plantas de todas clases: cuanto de original y brillante podía ofrecer el suelo y el clima de Méjico era objeto de lujo en el seno de una nación rica, donde la naturaleza era bella, pero las artes imperfectas. Existía gran número de templos, la mayoría magníficos, aunque tintos en sangre y adornados con las cabezas de los infelices sacrificados en ellos».

«Una de las mayores bellezas de esta ciudad grandiosa la constituía una plaza, habitualmente concurrida por cien mil personas, llena de tiendas y almacenes, donde los mercaderes exponían todas las riquezas del campo y la manufactura mejicanas. Pájaros multicolores, conchas brillantes, flores innumerables, esmaltes y obras de orfebrería daban a este mercado una vistosidad, belleza y brillantez superiores a la que pueden ofrecer las más ricas ferias de Europa. Cien mil canoas discurrían sin descanso de las márgenes de la laguna a la ciudad, y de ésta a las orillas. El lago estaba orlado por cincuenta ciudades y una multitud de pueblos y aldeas. El resto del imperio, en cuanto lo possibilitaba el territorio, ofrecía el mismo espectáculo, con la sola diferencia existente en todas partes entre la capital y las provincias»<sup>17</sup>.

Tal era la descripción de la ciudad de Méjico que Raynal atribuía a los conquistadores<sup>18</sup>. Para él, sin embargo, la contradicción entre aquella supuesta grandeza y el nivel cultural real del pueblo mejicano ponía en evidencia la desbordante

---

<sup>17</sup> RAYNAL, G. T.: *Op. cit.* (Tomo III, Libro VI, pág. 403).

<sup>18</sup> Sobre la magnitud de la hazaña en el Anáhuac y la veracidad en la descripción de los hechos y en sus referencias a la ciudad de Tenochtitlan —capital del imperio azteca—, la crónica de Bernal Díaz del Castillo es absolutamente fidedigna (tanto como testigo directo, al haber sido uno de los soldados de la expedición de Cortés, como por su imparcialidad y objetividad en el relato, escrito cuando por edad y situación no tenía interés en falsear los datos ni halagar vanidades). Su descripción de la gran plaza de Tlatelolco, en la capital mejicana, respira autenticidad: «... desde que llegamos a la gran plaza, que se dice el Tlatelulco, como no habíamos visto tal cosa, quedamos admirados de la multitud de gente y mercaderías que en ella había y del gran concierto y regimiento que en todo tenían... cada género de mercaderías estaban por sí, y tenían situados y señalados sus asientos. Comencemos por los mercaderes de oro y plata y piedras ricas y plumas y mantas y cosas labradas y otras mercaderías de indios esclavos y esclavas; digo que traían tantos dellos a vender aquella gran plaza como traen los portugueses los negros de Guinea... Luego estaban otros mercaderes que vendían ropa más basta y algodón e cosas de hilo torcido, y cacahueteros que vendían cacao, y desta manera estaban cuantos géneros de mercaderías hay en toda la Nueva España, puesto por su concierto de la manera que hay en mi tierra, ques Medina del Campo, donde se hacen las ferias, que en cada calle están sus mercaderías por sí; así estaban en esta gran plaza». Bernal Díaz citaba, entre otras, las siguientes mercancías: mantas de henequén, sogas y cotaras; cueros de distintos animales «dellos adobados y otros sin adobar»; frijoles, chía, legumbres y yerbas; gallinas, gallos de papada, conejos, liebres, venados y anadones, perrillos; fruterías que vendían «cosas cocidas, mazorreras y malcocinado»; todo género de loza «hecha de mil maneras, desde tinajas grandes y jarrillos chicos; miel y melcochas y otras golosinas; madera, tablas, cuñas, vigas, tajos y bancos; leña ocote; y añadía: «había muchos herbolarios y mercaderías de otra manera, y tenían allí sus casas, adonde juzgaban tres jueces y otros como alguaciles ejecutores que miran las mercaderías. Olvidádoseme había la sal y los que hacían navajas de pedernal, y de cómo las sacaban de la misma piedra; y vendían (también) hachas de latón y cobre y estaño, y jícaras, y unos jarros muy pintados de madera hechos. Ya querría haber acabado de decir todas las cosas que allí se vendían, porque eran tantas de diversas y calidades, que para que lo acabáramos de ver e inquirir, que como la gran plaza estaba llena de tanta gente y toda cercada de portales en dos días no se viera todo... e entre nosotros hobo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, e en Constantinopla e en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaño e llena de tanta gente no la habían visto» (*Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*).

fantasía de los españoles que él, como philosophe y hombre del «siglo de las luces», pretendía probar racionalmente. Así, «aquel pueblo azteca —decía— cuya antigüedad no era remota, que no mantenía contacto con naciones instruidas, que desconocía la metalurgia del hierro como ignoraba la escritura, que no dominaba ninguno de los oficios a los que debemos el adelanto del conocimiento y la capacidad de ejercer otros, y que se encontraba sito bajo los efectos de un clima en el cual las facultades del hombre no las despierta la necesidad; este pueblo, se nos asegura, se había encumbrado a aquel destacado nivel por su sola genialidad. La falacia de tan hiperbólica descripción —formulada en momentos de vanidad por un triunfador inclinado instintivamente a la exageración, o equivocado por la superioridad de un imperio regularmente estructurado en contraste con las regiones salvajes de aquel hemisferio, hasta entonces devastadas—, hizo que esa falsedad llegara a ser fácilmente admitida por todos. Para comprender tal error sólo es preciso contrastar la situación actual de Méjico con el estado en que los conquistadores pretendían haberlo encontrado: ¿Quién ignora los lamentables efectos de una tiranía destructiva, de una continuada opresión?; sin embargo, por mucho que se evoquen las destrucciones llevadas a cabo en las Galias e Italia por los bárbaros del Norte, es evidente que cuando aquel turbión hubo pasado perduraron, sobre aquellos territorios, ruinas que testimoniaban —y que acreditan aún— la grandeza de los países subyugados».

«¿Acaso ofrece Méjico semejantes restos espléndidos? Por tanto, hay que aceptar como prueba, respecto a Méjico, que los edificios públicos y particulares tan orgullosamente ponderados sólo eran informes masas de piedras amontonadas unas sobre otras; que la célebre ciudad no era más que un poblachón constituido por una multitud de chozas rústicas irregularmente repartidas sobre una gran superficie; y que los demás lugares que se han querido exaltar por su grandiosidad o hermosura, eran aún inferiores a aquella primera de las ciudades»<sup>19</sup>.

Vemos, por tanto, que Raynal, como «ilustrado», participaba del criterio «catastrofista» sobre el hundimiento de la antigua Roma. Para los hombres del XVIII —como para los renacentistas—, sólo la *barbarie* de los germanos (en su sentido peyorativo y no en el auténtico del término latino *barbari*) había actuado como un movimiento sísmico en la destrucción del imperio romano —impresionante construcción política cuyos restos arquitectónicos, jurídicos y literarios aún emergían tras las «tinieblas» del medievo—. Pero no puede establecerse ningún tipo de parangón entre las repercusiones culturales de las invasiones bárbaras de la Roma de Occidente con las de la victoria española sobre los aztecas: Raynal no reparaba en que los pueblos del Norte, a los que aludía, habían acabado asimilados por las superiores cultura y economía latinas, y que pese a su predominio habían jugado un modesto papel en el declinar de la Europa antigua, en comparación a lo que supuso la crisis del esclavismo y la ulterior ruptura del equilibrio económico mediterráneo; por el contrario, en el contacto entre la civilización europea y la indígena americana, el triunfo bélico español fue sólo una manifestación de la superioridad cultural y económica de los recién llegados, lo cual quedó firmemente consagrado en el futuro del Nuevo Continente.

---

<sup>19</sup> RAYNAL, G. T.: *Op. cit.* (pág. 405).

Este último aspecto, sin embargo, sí era recogido por Raynal, aunque le servía para reducir el mérito de la conquista, el cual atribuía a fabulosos relatos desvirtuadores del valor real de Méjico que, despectivamente, consideraba «nada, en comparación con los pueblos civilizados del Antiguo Continente».

Así, escribía en la *Historia de las Dos Indias*: «Evidentemente, los trabajos llevados a cabo por el hombre están siempre en relación con su fuerza y con los instrumentos que utiliza: por ello, sin dominar la ciencia mecánica y sin la invención de máquinas no es factible la erección de grandes monumentos; sin cuadrante ni telescopio no cabe realizar estimables progresos astronómicos, ni lograr ninguna precisión en las observaciones; sin conocer la metalurgia del hierro no puede contarse con martillos, tenazas, yunques, fraguas, sierras, hachas, troqueles, ni puede realizarse ninguna obra en metal que merezca consideración, ni de albañilería, ni ninguna armazón, carpintería, arquitectura, grabado o escultura. Incluso contando con esos medios, ¿cuánto tiempo no necesitan nuestros operarios para extraer de la cantera un bloque de piedra, alzarlo y transportarlo?, ¿cuánto tiempo no les lleva el escuadrarlo? Por tanto, sin nuestros recursos, ¿cómo sería posible dar término a tales tareas? Evidenciaría un gran talento el salvaje que al contemplar por primera vez nuestros grandes edificios los hubiera admirado como resultado de nuestra fuerza y habilidad, sin atribuirlos, por el contrario, a un fenómeno extraordinario de la naturaleza que hubiera levantado las columnas, horadado las ventanas, colocado los entarimados y preparado aquel prodigioso espacio que suponía para él la más hermosa gruta que las montañas le hubieran ofrecido jamás. Por tanto —concluía Raynal—, despojemos a Méjico de cuanto le han prestado los relatos fabulosos y nos encontraremos que ese país, aunque muy superior a las regiones salvajes que hasta entonces habían recorrido los españoles en el Nuevo Mundo, no era nada en comparación con los pueblos civilizados del Antiguo Continente»<sup>20</sup>.

En cuanto a la consideración de las instituciones de los mejicanos, Raynal, sin entrar en el análisis detenido de las mismas —y para ello sí habría podido contar con las valiosas aportaciones de los cronistas españoles que repudiaba sin conocerlas—, se servía de una somera descripción para llevar a la mente de sus lectores las asociaciones de ideas y formulaciones políticas que interesaban a la finalidad ideológica de su obra: el ataque al Antiguo Régimen y la quiebra del orden estamental todavía imperante.

«El imperio mejicano —escribía Raynal— estaba sometido a un despotismo tan cruel como mal organizado. El miedo, poderoso resorte de los gobiernos arbitrarios, ocupaba el lugar de la moral y la ética. El soberano se había convertido, poco a poco, en una especie de deidad ante la cual ni los más temerarios osaban alzar la mirada y de quien ni los más imprudentes se permitían juzgar sus actos. Es comprensible que los hombres civilizados adquieran cada día, a cambio del sacrificio de su propia libertad, aquellos placeres y comodidades a los que están acostumbrados desde la infancia; pero no se entiende que aceptaran pasivamente la servidumbre pueblos a los que la ruda naturaleza no ofrecía más felicidad que la cadena social que los igualaba, sin pensar que para ser libres no tenían más que remontar una montaña o cruzar un

---

<sup>20</sup> *Ibidem* (pág. 407).